

LA CASA DE LOS PLACERES OCULTOS

Louisa Burton



Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Título original: The House of Dark Delights
Traducción: Silvina Merlos

- © 2007 Louisa Burton. Reservados todos los derechos
- © 2008 ViaMagna 2004 S.L. Editorial ViaMagna. Reservados todos los derechos.
- © 2008 por la traducción Silvina Merlos. Reservados todos los derechos.

Primera edición: Abril 2008

ISBN: 978-84-92431-09-0

Depósito Legal: M-16958-2008

Impreso en España / Printed in Spain

Impresión: Brosmac S.L.

© Valery
www.valery.es
editorial@valery.es

Editorial ViaMagna
Avenida Diagonal 640, 6ª Planta
Barcelona 08017
www.editorialviamagna.com
email: editorial@editorialviamagna.com

Demonios sexuales

Había personajes relacionados con el culto a Príapo, quien parecía ser común para los romanos durante y antes del Imperio, y para las razas extranjeras que se establecieron sobre sus ruinas...

Pobre del pudor de la doncella o la mujer que osara penetrar de manera imprudente en su guarida. Al igual que los íncubos, visitaban la casa por la noche y violaban a las doncellas, y de este modo, algunos de los héroes más célebres de los primeros idilios medievales, como Merlín, fueron hijos de íncubos. En un período temprano en la Galia, se los conocía bajo el nombre de *dusii*, del cual, debido a que la Iglesia enseñaba que todos esos personajes míticos eran demonios, obtenemos nuestra palabra moderna *diablo*, utilizada en frases tales como «¡Que el diablo te lleve!».

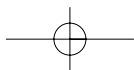
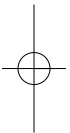
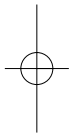
De "*The Worship of the Generative Powers*"
de Thomas Wright (1865)

*Cuando la casa o el corazón ensucian la lejía,
Pellizco a las doncellas hasta amaratarlas;
La ropa de cama arranco de un tirón,
Y las tiendo desnudas con todo a la vista.*

*Hago que pasen
Del sueño y al despertar,
Y las arrojo sobre el frío suelo.
Si gritan,
Entonces continúo con mi vuelo,
Y con fuerza río, jjo, jo, jo!*

*De "The Mad, Merry Pranks of Robin Goodfellow"
(balada del siglo xvii)*

Entre el sueño y el despertar



Casi medianoche, 30 de julio de este año

Ella estaba allí afuera en alguna parte, observándolo. A mitad del ascenso a la torre norte del castillo, Elic se detuvo. Apretaba con una mano una grieta de la piedra negra de hollín y hacía equilibrio con los pies descalzos sobre una ménsula angosta. Miró por encima de su hombro, esforzándose por ver los bosques oscuros. Sus fosas nasales se estimulaban al sentir la noche: enebro y rosas salvajes, madreSelva, tierra con olor a humedad, robles antiguos... e llutu-Lili, el aceite de jazmín con el que ella se ungía la garganta y los pechos, su piel agrisada y su calor. El deseo vagaba a su alrededor en una bocanada de aire sofocante.

—¿Por qué él? —había preguntado ella más temprano esa noche, en la extinta lengua asiria que le había enseñado para que sus conversaciones, algunas de ellas, fueran suyas y solo suyas—. ¿Por qué Larsson?

—Es un *gabru*, Lili.

Es decir, un joven fuerte y poderoso. Así era como llamaban a ciertos huéspedes del castillo, aquellos por los que Elic tenía un interés particular. Íñigo, con su forma de ser alegre y risueño que tenía, los había apodado «Los Alfas de Elic».

—Esa no es la única razón —replicó ella.

Elic le dio la espalda sin responder.

LOUISA BURTON

—*Urkhish* —le espetó ella mientras él iba al acecho—. Entonces, vete.

Pudo haberla invitado a unirse con él esa noche, pudo haber compartido ese *gabru* con ella, como lo hacía de vez en cuando, pero no esta vez. No ésta.

La ventana del mirador de la alcoba asignada a Viktor Larsson se cernía justo encima de su cabeza. Las ventanas con vidrieras se encontraban abiertas de par en par esa noche, extraordinariamente cálida. Con un suave gruñido, Elic maldijo a aquellos como Larsson que insistían en cerrar con llave las puertas de sus aposentos, como si el Château de la Grotte Cachée fuera algún *hôtel public* en lugar de ser lo que era: la más privada de las casas privadas.

Esa noche la luna llena iluminaba el relieve de la pared de la torre como si fuera media tarde; aunque Elic podría haberla trepado en la noche más oscura. Lo había hecho innumerables veces a lo largo de sus seis siglos de existencia. Se estiró hacia arriba y se sujetó bien de una muesca que servía para asegurar un adarve, aunque nunca lo habían utilizado con ese propósito. Ese castillo no se había construido para resistir el ataque de posibles invasores, sino para ocultar y salvaguardar a sus residentes permanentes. Elic se aupó con un brazo. Tembló por el esfuerzo hasta que pudo alcanzar la ménsula de piedra sobre la que reposaba la ventana. El sudor le goteaba por debajo de la gorra de lana negra, y le picaban los ojos mientras se izaba sobre el saliente del vano y entraba a hurtadillas en el cuarto por una de las angostas aberturas.

Vio sus propias pisadas en el alféizar de la ventana tapiado en terciopelo, se agachó y se frotó los ojos con el puño de su camiseta negra. La *Chambre de Mille Fleurs* a la luz de la luna era grande y opulenta. Las paredes estaban cubiertas con tapices del siglo xv, por los que el Louvre o el Metropolitan Museum of Art ofrecerían una fortuna si se conociera su existencia. Inspiró una mezcla de perfume, especias y cáscara de naranja —la colonia de Larsson— junto con un deje de

LA CASA DE LOS PLACERES OCULTOS

aceite de linaza, lana envejecida, suavizante para la ropa y verbena de limón.

Las cortinas del dosel de la cama estaban recogidas hacia atrás y dejaban ver un robusto joven rubio recostado boca arriba sobre una montaña de almohadas, desnudo bajo la sábana recogida alrededor de sus caderas. Sobre una mesita de noche había una caja abierta de un tirón con doce barras de proteína, una tira de preservativos y el número de junio de *Sports Illustrated* con una fotografía de Larsson levantando la copa de Wimbledon en la portada. Sobre el suelo, junto a la cama, se encontraba el ventilador eléctrico que había pedido cuando descubrió, para su indignación, que el castillo carecía de aire acondicionado —salvo por unos pocos aparatos de ventana en la suite de Íñigo—. Era un ventilador viejo y hacía bastante ruido. Tal vez esa fuera la razón por la que no estaba en funcionamiento.

Sobre la otra mesita de noche había un estuche de maquillaje de cuero rosa, junto con un teléfono móvil, un ejemplar de la *Vogue* norteamericana y un libro llamado *Instrumental médico: aplicación y diseño*. Estos pertenecían a una escultural americana rubia a quien Larsson había presentado durante la cena de esa noche, con evidente orgullo y afecto, como «mi amada Heather». El dedo anular izquierdo de Heather lucía un diamante cortado en ángulo recto del tamaño de la uña de su pulgar. Cuando Íñigo le sugirió que podría colocarlo en algún lugar seguro antes de tomar el baño, por temor a que lo perdiera, Larsson dijo que le había prohibido quitárselo, incluso para limpiarlo.

—Si lo pierde, le compraré otro. Quiero que todos los hombres que la vean sepan que es mía —esta devoción era todo un cambio para la estrella sueca del tenis, cuyo apetito por las modelos y las actrices era legendario.

En ese momento, Heather tomaba parte de un solitario remojón de madrugada en la terma construida sobre una ladera de la montaña rocosa, a casi cien metros al este del casti-

LOUISA BURTON

llo. Era una conveniencia tramada por Elic, quien había introducido la idea en su mente, junto con algo más, cuando «por casualidad» la rozaba unas horas antes.

—Discúlpeme —le había dicho en inglés al bajar a la piscina de mármol con piso de mosaico en la que Heather, Larsson y algunos otros, incluida Lili, se bañaban en las aguas terapéuticas que fluían desde la caverna contigua, la *grotte cachée*, o gruta oculta, por el cual ese valle había recibido su nombre. El inglés, idioma en el que hablaba el grupo, se había convertido en los últimos cien años en la lengua franca de la Grotte Cachée, debido a la preponderancia de los visitantes que hablaban únicamente ese idioma.

Elic suspiró al sumergir el pecho en el agua, que corría agradablemente tibia en días cálidos como ese. En invierno emergía cálida y humeante, una peculiaridad del afluyente que la alimentaba y que nacía en las profundidades del extinto volcán de exuberante vegetación que se erigía por encima de su secreto y pequeño *vallée*. Sin embargo, no era la única anomalía de la naturaleza en la Grotte Cachée, ni mucho menos.

Elic se echó hacia atrás y recogió un puñado de arándanos de la comida de la tarde que se encontraba en una mesa baja de hierro junto a la piscina: frutas de verano, jamón serrano de granja, pato ahumado, quesos de Saint-Nectaire y Bleu d'Auvergne, y un gran pan de leña redondo y crujiente rodeado de tarros de miel, mantequilla y los tradicionales dulces de frutas de Auvergnat.

La piscina, situada en una estructura de mármol blanco que databa de la ocupación de los romanos en la Grotte Cachée, tenía escalones sumergidos en todo su perímetro. El escalón más alto servía de banco sobre el que se reclinaban los bañistas; es decir, todos excepto Ínigo, que se hallaba sentado en el borde de la piscina con unas amplias bermudas escocesas y con solo las pantorrillas y los pies dentro del agua, un trozo de carne asada en una mano, un cigarro en la otra y una botella de tequila medio vacía metida entre las piernas.

LA CASA DE LOS PLACERES OCULTOS

El techo de la terma, cuyo centro era un «techo a cielo abierto», como lo llamaba Íñigo, estaba apuntalado por pilares en las cuatro esquinas de la piscina. Cada uno tenía una estatua a tamaño real de un sátiro violando a una ninfa en una posición novedosa. Era el mismo sátiro en cada escena, un tipo joven y guapo con una cola como la de un buey, orejas algo puntiagudas y un par de protuberancias huesudas que sobresalían de un casquete de ricitos menudos. Su rasgo más extraordinario, no obstante, era un pene erecto de proporciones heroicas, un nabo grueso y vigoroso que sobresalía unos treinta centímetros desde su nido rizado, que le hacía asemejarse más a un semental en celo que a un ser humano.

Tiempo atrás, en algún momento de la década de 1880, hubo un visitante en el castillo, según recordaba Elic, que impartía clases de estudios mitológicos en Harvard. El profesor Wheeler no pudo descifrar por qué los sátiros que esculpieron los romanos en tiempos del nacimiento de Cristo —en realidad fue en el otoño del año 14 d. C.; era difícil que Elic lo olvidara porque las noticias sobre la muerte de Augusto llegaron cuando erigían las estatuas— lucían tan claramente poco romanas. Como había explicado el profesor, por lo general los romanos representaban a los sátiros como seres velludos y con forma de cabra desde la cintura hacia abajo, con cuernos prominentes y a menudo parecidos a los de un carnero. Las estatuas de la terma se parecían mucho más a la encarnación original de los sátiros de la antigua Grecia.

En realidad, los sátiros del baño tenían una semejanza llamativa con Íñigo en cada detalle excepto por el rubí cabochon del lóbulo de su oreja izquierda, el tatuaje descolorido sobre el corazón —*In Vino Veritas*— y el cabello, que llevaba en una alborotada mata negra para ocultar los cuernos y las orejas. Le habían quitado la cola quirúrgicamente poco después del advenimiento del cloroformo en 1847 porque, según le contó a Elic en ese momento, arruinaba el corte de sus pantalones. Lo habría hecho siglos antes de no ser un «llorón»

LOUISA BURTON

confeso cuando sentía dolor. De hecho, antes de que le hicieran el tatuaje, se había embriagado hasta quedar inconsciente.

La diversión de Íñigo aquella tarde la formaban dos voluptuosas jóvenes australianas que ganduleaban en el agua, una a cada lado de él. Una pelirroja y una rubia de raíces oscuras llamadas Kat y Chloe, respectivamente, estaban recostadas contra sus piernas con sonrisas perezosas mientras daban caladas a sus cigarrillos y bebían de su tequila. Ambas llevaban la parte de abajo del bikini de tiras sin la parte superior, *piercings* en el ombligo y demasiado maquillaje; apestaban al mismo perfume dulzón con un dejo de lirios del valle. Chloe tenía una mancuerna de plata en la lengua y un busto con dos firmes esferas perfectas. Los pechos de Kat eran colosales, y se meneaban como pasteles de Navidad cada vez que los liberaba con una de sus frecuentes carcajadas.

Con un gesto hacia el pecho de Chloe con el cigarrillo, Íñigo le preguntó con el acento norteamericano que había cogido de ver tanta televisión por satélite:

—¿Son de verdad?

—Son cien veces más reales de las que tenía antes, tío.

—¿Y las tuyas? —le preguntó a Kat.

La pelirroja sonrió y arqueó la espalda, exponiendo sus dotes con orgullo.

—¿Tú qué crees?

De manera tan despreocupada como si probara un melón en un puesto de frutas, Íñigo estiró la mano, le tomó el pecho izquierdo y lo masajeó con el gusto de un verdadero experto en carne femenina. Heather pestañeó; Larsson sonrió; Lili miraba con un bostezo.

—Dulce —elogiaba mientras lo apretaba y acariciaba—. Es bonito. Qué par tan alegre tienes ahí.

—¿Alegre? —dijo Chloe—. Creo que confunde las tetas de Kat con ella misma.

—No, no —dijo él—. Los pechos son como las personas. Todos tienen su propia personalidad, sus propias necesidades y deseos.

LA CASA DE LOS PLACERES OCULTOS

—¿Ah, sí? ¿Y qué desean los míos? —preguntó Kat.

—Lo que deseamos todos... que los engrasen y los monten como a un pony.

Kat llevó la cabeza hacia atrás y rió a carcajadas.

—¿Habéis ido a la cueva? —le preguntó a las jóvenes e hizo un gesto con la cabeza hacia la abertura musgosa de la superficie de roca volcánica negra que formaba la pared de atrás de la terma—. Hay una antigua silueta de piedra allí dentro que tiene una anatomía en verdad sorprendente. Vamos —dijo él mientras cogía el tequila y se tambaleaba al ponerse de pie—. Tenéis que comprobarlo.

Mientras las jóvenes salían de la piscina, goteando y riendo, un zorzal en roca azul se lanzó en picado desde su apoyo en el borde del tragaluz y obligó a Íñigo a esquivarlo cuando pasó como un disparo junto a su cabeza. El pájaro rodeó una de las columnas antes de toparse contra el hombro derecho del sátiro de mármol que estaba apoyado contra ésta con las piernas separadas y las caderas que empujaban hacia fuera, con ambas manos en forma de puños en el cabello de la ninfa que se encontraba arrodillada delante de él lamiéndole el enorme órgano como un gato.

—Tío —rió entre dientes Íñigo cuando el pájaro se soltó con una serie de píos discordantes e increpantes bastante poco característicos de su especie—. Calma, tío. No vamos a entrar demasiado, solo hasta la *Cella*. Quiero mostrarles al Hombre de las Tetas, eso es todo. Su lugar es su lugar.

Darius, al parecer aplacado, revoloteó a través del techo a cielo abierto como una borrosa mancha azulada.

—Después de vosotras, señoras —dijo Íñigo y les hizo un gesto hacia el interior de la cueva mientras se metía con disimulo en el bolsillo, el pequeño tarro de mantequilla de la mesa.

Le guiñó el ojo a Elic al parar por la abertura musgosa, porque se trataba, sin duda, de su propia sorprendente anatomía —o, como le gustaba llamarla, sus «dimensiones heroicas»— la que Kat y Chloe estaban a punto de descubrir, sin

LOUISA BURTON

duda con una medida justa de entusiasmo de niña una vez que desapareciera el asombro inicial.

Jolie, una de las jóvenes y bonitas asistentes del baño, paseaba con un carro de dos pisos cargado con bebidas en la parte superior, y con montones de toallas y batas en la parte inferior.

—Su zumo de papaya, *monsieur* —dijo ella al ofrecerle una copa helada a Larsson.

La aceptó mecánicamente mientras observaba la cueva dentro de la cual Íñigo y las jóvenes acababan de desaparecer.

—¿Estaba...? No le hablaba al *pájaro*, ¿no es cierto? —Larsson le preguntó a Lili en su melódico acento sueco.

—¿Eso fue lo que te pareció a ti? —preguntó Lili con el esbozo de una sonrisa. Su propio acento era muy perspicaz y muy oscuro. Las personas que la conocían por primera vez siempre sentían curiosidad por sus orígenes, sobre los que siempre era imprecisa. «Soy de Próximo Oriente», podía decir, o si se hacía la graciosa, podía contarles que era de «La Media Luna Fértil» o de «la cuna de la civilización», y dejaba que sus interrogadores hicieran con eso lo que quisieran. Lo que nunca decía era: «Soy de Irak», como ahora se llamaba su tierra natal. «Preguntas tediosas», decía ella, «conversaciones aburridas. No, gracias».

—Sí, parecía como si le hablara al pájaro —dijo Heather—. Miraba directamente hacia él y...

—*Nä*, tienes razón —le dijo Larsson a Lili—. Es absurdo. Estuve un poco... *snurrig i huvudet*. «Exaltado», creo que es la palabra. Solo desde ayer o algo así, desde que llegué aquí. Debe ser el calor, ¿*ja*?

—Es probable que sea eso —Lili llamó la atención de Elic y le lanzó una sonrisa elocuente.

Incluso después de conocer a Lili desde hacía dos siglos y medio, Elic aún sentía una opresión en el pecho cuando le echaba una de esas miradas íntimas que guardaba solo para él. Despreocupada y desnuda, salvo por la tobillera de oro siempre presente, su cabello teñido se mecía sobre la superficie del

LA CASA DE LOS PLACERES OCULTOS

agua, sus ojos estaban oscuros y soñolientos. Cada parte de ella se parecía a la diosa babilónica que había sido una vez... para algunos. Para otros, había sido, y aún lo era, una súcubo que inmovilizaba a los hombres dormidos para robarles su valiosa simiente.

Lili, sola entre sus acompañantes, estaba desnuda por completo; Larsson y Elic usaban trajes de baño, Heather llevaba uno de esos bañadores de competición sin forro, de color rojo, de esos que se ajustan como una segunda piel cuando están mojados. Tenía las piernas largas y era hermosa, con mejillas doradas por el sol y la musculatura elegante de una atleta. Su vientre era completamente plano, sus pechos altos y firmes, con pequeños pezones rígidos que hacían que los dientes de Elic desearan morderlos. No usaba perfume, pero Elic percibía un toque de jabón de verbena de limón.

Se excitó al imaginar a Heather agitándose debajo de él mientras lanzaba un torrente de semen dentro de ella. Lili tenía su corazón, pero nunca podría poseerla, no con su cuerpo.

—¿Conoces al tal Íñigo? —le preguntó Larsson a Lili—. ¿Lo *conocías*, digo, antes de venir a este lugar? —en lo que respecta a los huéspedes del castillo, Elic, Lili, Íñigo y el solitario Darius solo eran visitantes invitados, como ellos.

Lili negó con la cabeza mientras aceptaba una copa de vino tinto de Jolie.

—¿Tú? —le preguntó a Elic.

—No —era verdad. Elic no había conocido a otros *fo-llets*, como los llamaban sus anfitriones, antes de llegar a la Grotte Cachée.

—¿Lo conoce nuestro anfitrión? —preguntó Larsson.

—El *Seigneur des Ombres* conoce a Íñigo de toda la vida —le contó Elic a Larsson.

—¿De toda la vida? —repreguntó Larsson—. Creí que *le seigneur* era un anciano. ¿No es así?

—Tiene treinta y seis —dijo Elic—. Pero el alma vieja.

Un alma vieja muy solitaria. Su aislamiento no era tanto por elección sino por deber. El sentido de la responsabilidad que

LOUISA BURTON

lo mantenía allí en su hogar ancestral, teniendo en cuenta a Elic y a los de su clase, hacía difícil establecer vínculos.

Estirando los brazos sobre el borde de la piscina, Larsson dijo, con un grado de autoridad:

—El Íñigo ese es homosexual.

—¿Qué te hace decir eso? —preguntó Elic.

—Ya sabes. Siempre con la charla aniñada —decía Larsson mientras hacía la mímica con la mano de una boca que se agitaba—. Y ese pendiente a la izquierda significa que le agrada tenerlo en el culo, ¿no es así?

—No lo sé —dijo Heather mientras murmuraba su agradecimiento al tomar la botella de Vichy de Jolie—. Parece muy ocupado con esas jóvenes australianas.

Larsson descartó esa observación con un movimiento rápido de la mano. Sin mucho más que una mirada en dirección a la de su novia —ya que parecía haber olvidado a «su amada Heather» en el momento en que Lili entró en el comedor la noche anterior— dijo:

—A los homosexuales les encantan las muchachas como esas. Es todo lo que desean ser: una tonta y pequeña *fla-dermuss* con grandes globos como tetas —ahuecó las manos para ilustrarlo.

Heather dijo:

—Viktor, ¿cómo se sentiría Lars si te oyera...?

—¿Por qué lo has traído a colación? —dijo Larsson de manera repentina.

—Porque lo amas, tú me lo has confesado y has dicho que intentarías aprender a aceptar...

—Tú tienes que aprender cuándo cerrar tu boca.

Un silencio incómodo cayó sobre el grupo. La sangre se asomaba a las mejillas de Heather. Jolie vació el cenicero de Íñigo y se marchó.

Larsson bebió un gran trago de su zumo de papaya y dijo a todo el grupo:

LA CASA DE LOS PLACERES OCULTOS

—Mi hermano está un poco confundido en este momento. Ya se le pasará.

Heather suspiró.

—A los hombres reales —continuó Larsson—. Al común de los hombres les agrada una mujer que sea... ¿cómo se dice? Elegante. Serena. De piel tersa y bronceada, no demasiado pálida, con piernas torneadas y cinturita. Un buen par arriba, suaves pero firmes, como *crème brûlée*. Y el pelo largo, muy largo, como una sábana de satén —esa fue una descripción de Lili que no le pasó inadvertida a Heather, quien apartó la mirada con la mandíbula tensa.

Lili encontró la mirada de Larsson por encima del borde de la copa de vino antes de bajar los ojos con un gesto tímido tan conocido como la humanidad. No debió haber puesto furioso a Elic, pero lo hizo.

—No tengo nada en contra de los homosexuales —dijo Larsson—. Ellos están en su lugar, yo estoy en el mío, ¿ja? Todos contentos.

—¡Qué tolerante eres! —comentó Elic con rostro inexpressivo.

Larsson no pareció percatarse del sarcasmo, pero Heather captó la mirada de Elic y la sostuvo durante un buen rato. Por fin, dijo, con una sonrisita seductora:

—Tienes el más encantador de los acentos, Elic... En su mayor parte francés, aunque hay restos de algo de alemán.

—Nací en otro sitio —Elic sabía lo que ella pretendía: le estaba pagando a Larsson con la misma moneda. Bravo por ella—. No hay duda de que te entrenas, Heather. Luces increíblemente en forma.

—Gracias —la sonrisa se intensificó—. Estoy en el equipo femenino en Johns Hopkins.

Larsson sintió cómo su mirada se endurecía y su mandíbula se tensaba. No le agradaba que su prometida se fijara en otro tío. No importaba que hacía un momento le hablara con brusquedad, o la manera en la que él y Lili se habían husmeado el uno al otro durante las últimas veinticuatro horas.

LOUISA BURTON

Por alguna razón, este *gabru* en particular incitaba a algo más que el deseo común en ella. Tal vez era su cabello sedoso color maíz; siempre tuvo debilidad por los hombres que eran tan rubios como ella morena. O quizás era algo más oscuro. La pasión carnal era complicada; Elic lo sabía mejor que nadie. No le agradaba, pero no podía culparla por sus instintos primitivos más de lo que podía culparse a sí mismo por los suyos propios.

Lili era especialista en demostrar solo lo que quería, pero Elic, que la conocía mejor que nadie, lo vio todo, sintió todo, aborreció todo... Unas manchas de color tiñeron esos pómulos majestuosos. La dilatación de sus pupilas convirtió sus ojos en ónice y de manera más contundente, un temblor de deseo chisporroteó en el agua como una corriente eléctrica.

El agua que burbujeaba del manantial de la gruta era excepcionalmente clara y un extraño conductor de estados anímicos y de sensaciones, en especial aquellos de naturaleza carnal. Incluso los humanos podían detectar las corrientes submarinas sensuales que fluían por la piscina. El más sensible entre ellos incluso podía sentir el zumbido erótico que tendía a persistir allí durante un tiempo después de que sus ocupantes se marcharan. Con solo sumergirse en el agua cuando estaba repleta de esa carga, se podía incitar a una oleada impresionante de lujuria, aunque los humanos por lo general ignoraban su verdadera fuente.

No; no podía culpar a Lili. En verdad tampoco debería culpar a Larsson. Sí, fue frío el modo en el que le dio la espalda a Heather, pero cuando Ilutu-Lili posaba su mirada en un hombre era muy difícil resistirse. De todas maneras, cada vez que Larsson la miraba de ese modo, cada vez que su lujuria chisporroteaba en el agua, Elic deseaba dirigir su puño hasta el rostro del bastardo. En cambio, sonrió y conversó y esperó el momento adecuado.

Habiendo transitado esta tierra casi tres mil años, Elic aprendió a hacer caso omiso del impulso de dar lecciones y ajustar cuentas... hasta llegar con exactitud al momento adecuado.

LA CASA DE LOS PLACERES OCULTOS

«Es la hora», pensó Elic de pie en la *Chambre de Mille Fleurs* mientras contemplaba cómo el pecho de Viktor Larsson subía y bajaba bajo la luz de la luna. La forma del pene del hombre dormido, apoyado con suavidad sobre su muslo derecho, se intuía apenas a través de la sábana blanca arrugada.

No puedes elegir a este, Lili.

Este es mío.

«¿Aún está mirando ella?», se preguntaba Elic mientras ponía sus pies silenciosos sobre el suelo y se enderezaba en su totalidad. «¿Podrá verme a través de la ventana?» La vista de Lili era extraordinariamente aguda, tan aguda como la de un halcón, y no sólo la igualaba sino que la superaba. Se quitó la gorra en un santiamén y se sacudió el cabello, que cayó hasta la mitad de la espalda. «*Narru dishpu*», lo llamaba ella. *Un río de miel*. Comparaba su piel con la crema dulce y sus ojos con el agua del mar.

Normalmente, él cerraba la ventana y corría la cortina, incluso en una noche de calor sofocante como aquella, porque inevitablemente había mucho ruido una vez que las cosas se ponían en marcha. Sin embargo, esa noche sentía la necesidad de molestar —de molestar a Lili en particular, para que oyera gemir y rogar a ese *gabru* con quien estaba tan fascinada y tal vez, incluso, si Elic era lo suficientemente habilidoso, gritar—. Entonces Viktor Larsson no parecería tan fuerte y poderoso. Habría sido derrotado, poseído, utilizado. ¿Cuál era ese americanismo que a Íñigo le agradaba tanto? Ah, sí.

Será mi zorra.

Y Lili lo sabrá.

Elic se quitó la camiseta y los vaqueros. Respiró hondo para purificarse y aclaró sus pensamientos para estar preparado. Para evitar lastimarse durante la transmutación, bajó hasta el suelo, cubierto por una alfombrilla oriental que tenía siglos, y se puso en cuclillas, desnudo y dispuesto. Cerró los ojos, susurró las palabras que había aprendido de niño, el antiguo conjuro que provocaba el Cambio.

LOUISA BURTON

Comenzó como siempre, con una lenta agitación desde su interior, luego un temblor, ganas de vomitar y una sensación espantosa de que algo iba mal. Y el dolor. Siempre había dolor, pero de alguna manera era más fácil de manejar que las náuseas del Cambio, según creía él.

Elic se inclinó hacia delante, con los dedos clavados en las rodillas, los párpados bien apretados mientras los pulmones bombeaban y lo peor llegaba a su punto máximo y luego desaparecía. La única molestia que quedaba era la sensación de la falta de aire mientras sus huesos se comprimían y sus músculos se relajaban. El estrechamiento de las costillas siempre incitaba a una sensación de asfixia nerviosa, pero en un minuto más o menos su respiración se estabilizó; su pulso se ralentizó.

Luego llegó la parte que siempre encontraba desconcertante y emocionante, incluso después de todos aquellos años: la tirantez y la retracción en la entrepierna mientras que un surco oscuro y secreto se hundía en tierra húmeda. Su pene, que palpitaba por la excitación del Cambio, se contraía en un pequeño nudo tirante y palpitante; le picaban los pezones mientras la carne se hinchaba en capullos y luego en pechos, pesados y suaves.

Donde había estado Elic, ahora había una nueva encarnación, idéntica al primero en ciertos aspectos —mismo cabello y mismos ojos— pero con un cuerpo cuya forma y química eran fundamentalmente diferentes. Ahora él era *ella*, la mujer que hubiera sido Elic de no haber sido por una casualidad de la naturaleza en el momento de la concepción. Estas metamorfosis ocasionales no sustituían demasiado a Elic, como subsumido, incorporado en un ser cuyos sentimientos y deseos solo eran femeninos. No obstante sus pensamientos y recuerdos —su *yo*— eran muy parecidos a los de Elic.

Apoyada sobre los talones, estiró la espalda y giró los hombros acompañada de leves crujidos y estallidos apagados. Se frotó las manos, flexionó sus pequeños y delicados dedos y los llevó hacia sus pechos, que levantó y apretó. La parte de

LA CASA DE LOS PLACERES OCULTOS

ella que aún era Elic, aún *él*, se asombraba por la suavidad, el peso y la elasticidad. Se pellizcó los pequeños pezones gomosos y sintió un golpe de excitación en el clítoris.

Y entonces, llevó su atención al hombre que se encontraba en la cama al otro lado de la habitación.

Viktor Larsson no se había movido en todo ese tiempo. El gran sueco aún yacía despatarrado sobre la espalda, con los brazos y las piernas extendidas, como un vikingo vencido en la orilla. Los rayos de la luz de la luna iluminaban la musculatura firme de su pecho, sus hombros anchos y su rostro atractivo. Era magnífico: poderoso, incluso con una elegancia atlética, innata, aún dormido. La persona femenina de Elic, el súcubo, entendía la cautivación de Lili por Larsson de tal manera que el mismo Elic nunca hubiera esperado, en especial debido a que las hormonas elevadas de Lili la hacían mucho más susceptible al atractivo del hombre que era, a pesar de sus defectos, completamente impresionante.

Con cuidado, se puso de pie, sacudió las piernas y los brazos. Era alta para ser mujer, casi un metro ochenta, pero aun así era quince centímetros más baja que Elic. La diferencia de estatura conspiraba con el cuerpo más pequeño y extrañamente equilibrado para producir un ligero desorden durante los primeros minutos después del Cambio. Cuando sintió que podía caminar sin caerse, dio dos pasos cautelosos hacia la cama, solo para retroceder con un grito entrecortado de dolor cuando algo afilado le pinchó la planta del pie derecho. Larsson giró la cabeza, soltó un pequeño suspiro gruñón, y calló. Se agachó para levantar el objeto culpable: el anillo de compromiso de Heather.

Los diamantes de mega quilates no terminan en el suelo a menos que los hubieran arrojado. Al parecer, Heather reconsideraba su futuro como la señora «Hombre Real» Larsson.

Deslizó el anillo en su mano derecha y la levantó; destellaba como un rayo con la luz de la luna. Se subió a la cama con el sigilo de un gato, se arrodilló junto a Larsson y pasó la

LOUISA BURTON

punta de los dedos con mucha suavidad sobre el bulto que había entre las piernas separadas de Larsson. Aún sobre la sábana, y aún en su estado flácido, su miembro se sentía tan caliente, tan vital. Lo volvió a acariciar una y otra vez, con mucha lentitud. Una caricia liviana como una pluma, hasta que comenzó a engrosarse y erguirse.

Giró el anillo para que el diamante mirara hacia adentro, dejó que la gran piedra rozara hacia arriba y hacia abajo por su miembro hasta que se movió como algo vivo, se elevó firme y largo contra su vientre. Él emitió un pequeño gruñido mientras ella bajaba la sábana y arrastraba la punta de los dedos por su órgano terso y brillante. Irradiaba calor, se movía de manera nerviosa mientras lo acariciaba.

Se tomó su tiempo. Pasaba la mano con suavidad para no despertarlo demasiado pronto de su sueño. Cuanto más excitado sexualmente estuviera al despertar, más dócil sería. Y, además, era decisivo que estuviera bien al límite cuando ella lo tomara; cuanto más intenso fuera el orgasmo, más abundante sería la eyaculación —y, después de todo, ese era el objetivo fundamental de estar allí.

Aunque no era su único propósito, pensaba mientras deslizaba un dedo dentro de la hendidura resbaladiza y caliente de su sexo; también estaba el placer. Los labios externos ya se habían hinchado y separado dejando al descubierto el pequeño capullo entre ambos, en el que hizo círculos con un toque suave y agitado hasta quedar sin aliento, húmeda y preparada. Larsson también estaba preparado, a juzgar por la manera en la que se tensaban y cedían sus caderas con cada roce de la punta de sus dedos.

Se sentó a horcajadas sobre su pecho, se inclinó y dijo:

—Viktor. Despierta, *chéri* —su inglés llevaba vagas inflexiones de un europeo del norte, como el de Elic, y su voz tenía la misma característica grave que la de él. Aunque, por supuesto, no era tan profunda. Cuando era necesario, por discreción, podía dejar al *gabru* dormido, o medio dormido,

LA CASA DE LOS PLACERES OCULTOS

mientras extraía su simiente, pero la cantidad casi siempre se resentía. Con mayor frecuencia, lo despertaba, pero solo con un toque en la frente, lo convencía de que todo era un sueño. Rara vez corría el riesgo, como lo hacía ahora, de dejar que recordara todo al día siguiente.

—*¿Vem är det?* —murmuró Larsson aturdido mientras se frotaba los ojos—. *¿Heather?*

—No esta noche —ella se extendió hacia atrás, cerró la mano alrededor de su pene y lo acarició con firmeza desde la base hasta la punta—. Esta noche eres mío.

Él gimió. Empujó dos veces dentro de su puño antes de calmarse lo suficiente como para decir:

—Espera... ¿qué... quién demonios...?

—¿No te parezco conocida? —preguntó ella.

La observaba con el ceño fruncido y desconcertado, con los ojos luminosos con el rayo de la luz de la luna sobre el rostro. Dios, era hermoso.

Le dijo lo que siempre les decía, porque el parecido era demasiado intenso como para no tenerlo en cuenta.

—Soy la hermana melliza de Elic —*Elle*, así era como siempre se imaginaba durante la transformación. *Ella*.

—¿Hemos...? —gimió él sin poder hacer nada mientras ella le apretaba el miembro de la manera que sabía (o más bien, como Elic sabía) que lo excitaría más allá de la razón—. *Jösses... Herre Gud* —gimió él y la cogió de la cintura mientras se retorció debajo de ella.

—No nos conocemos, pero estuve observándote. Y pensando en ti —se hundió los dedos en la vagina, embadurnó la untura en un pezón, y lo provocaba mientras lo bombeaba con mayor rapidez y firmeza—. Debo tenerte, Viktor. Solo por esta noche.

—Pero... Heather... —logró decir él.

—Nadie lo sabrá. Nunca más volverás a verme. Por favor, Viktor. Por favor...

LOUISA BURTON

—*Helsinki* —murmuró él mientras se frotaba los ojos—. *Ja*. ¡Joder! Está bien. Sí —miro con detenimiento la tira de condones sobre la mesa de noche y agregó—: Solo déjame...

—Paciencia —se dio la vuelta hacia adelante, se arrojó sobre su rostro y desplegó los labios de su vulva para dejar ver su clítoris dolorido—. Lámelo.

La tomó de las caderas para acercarla y tener un mejor contacto con su boca. Ella llevó los dedos hasta el cabello de él y le inclinó la cabeza apenas hacia arriba, temblando por la ráfaga de aliento caliente sobre su hendidura bien abierta.

—No, Viktor, con la lengua no —le dijo—. Con los labios, como si bebieras de un sorbete. Justo aquí. Sí —suspiraba mientras la mamaba—. Así. Oh, Dios, sí —que te chupen el pene era maravilloso, como bien sabía, pero que el miembro se reduzca a un órgano diminuto atestado de miles de terminaciones nerviosas, y que te chupen *eso*... no había palabras para describir la sensación. El placer escalaba con rapidez, demasiada rapidez.

Cuando ella se levantó, él manifestó:

—Pero no has...

—Te quiero dentro de mí cuando acabe. ¿No sería precioso? ¿Que acabáramos juntos?

—*Ja* —él estuvo de acuerdo y se sentó—. Está bien. Claro que sí.

Se inclinó por encima de él y cogió el estuche de maquillaje rosado de Heather.

—Vuelve a recostarte, Viktor.

—*Nä*, prefiero estar arriba.

—Ya lo sé —todos los *gabrús* lo hacían. Buscó algún tipo de crema o loción, pero en cambio encontró una botellita plástica de lubricante personal con efecto calor. Solo eso—. Viktor, ¿vas a recostarte o tengo que atarte?

La brusquedad de él dio paso a una sonrisa maliciosa.

—Quizás debería atarte yo a ti.

LA CASA DE LOS PLACERES OCULTOS

—¿Te asusta pensar en perder el control ante una mujer? —Elle desató una de las cuerdas doradas que sujetaban las cortinas de la cama y le dio un tirón para comprobar su resistencia.

Con un resoplido de risa, él dijo:

—No me asusto con tanta facilidad.

—Pruébalo —lo provocó mientras le tomaba la mano derecha y pasaba la cuerda dos veces a su alrededor. Con suavidad, de manera seductora, le dijo—: Recuéstate, *chéri*.

Lo hizo. La observaba de cerca mientras anudaba la cuerda con firmeza a las columnas de la cama. Su erección, que había decaído un poco durante su contienda verbal, se hinchaba y se elevaba mientras ella lo amarraba de pies y manos a las cuatro esquinas de la cama. Las vaporosas cortinas se cerraron al caer y los envolvió en un pequeño cenador de ensueño.

Ella se burlaba del dios dorado despatarrado diciéndole:

—Me recuerdas al Hombre de Vitruvio. Es un dibujo de Leonardo da...

—*Ja, ja*, inspirado en un tratado sobre dimensiones escrito por el arquitecto romano Vitruvius. ¿Qué crees, que soy un estúpido escocés? Tendrás que ponerme un condón.

—Ssh —ella abrió de golpe la botella de lubricante y dejó caer unas gotas sobre la longitud de su pene.

Gemía de placer mientras ella le cubría el miembro y los testículos con el bálsamo resbaladizo, que lo calentaba de manera deliciosa mientras se lo pasaba. Ah, los placeres de la tecnología del siglo XXI.

—*Sjysta prylar* —susurraba él al retorcerse ante el tacto—. Ponme un condón. Ahora.

—No tengo ninguna enfermedad —dijo ella—. Te lo juro.

Él negó con la cabeza.

—Una vez, de vuelta a casa, me abofetearon con un... *faderskaps*... ya sabes, con el tribunal y los abogados.

—¿Un litigio de paternidad?

LOUISA BURTON

—*Ja*. Ponme un condón. Solo hazlo.

Elle se bajó de la cama, cogió la tira de condones de la mesa de noche y la lanzó por la ventana.

—¿Qué demonios...? —tiraba de las cuerdas mientras ella regresaba a la cama—. *¡Slyna!* ¡Loca de mierda! ¿Por qué has hecho eso? Quieres quedarte embarazada. Es eso, ¿no? Es una trampa.

—Relájate, Viktor —cogió una almohada y la empujó debajo del trasero de él para tener mejor acceso a su próximo ataque—. Ni siquiera puedo quedarme embarazada.

—*¡Skitsnack!* ¡Sandeces! Eres una puta mentirosa.

—Viktor, de verdad... cálmate —decía ella mientras dejaba gotear un poco del lubricante en la punta de su dedo corazón derecho—. Esta próxima parte será más fácil para ti si lo haces.

—*¡Äsch!* —gritó mientras ella presionaba la punta de su dedo contra su ano, haciendo círculos en la pequeña abertura para aflojarlo—. *¡Vad gör du?* ¿Qué haces...?

—Relájate —repitió ella y se abrió paso por el esfínter. Doblaba el dedo hacia su vientre, localizó un bulto parecido a una nuez, lo friccionó hacia ella en un ritmo lento y constante mientras el lubricante calentaba—. Te agradecerá, lo prometo. Acabarás mejor de lo que nunca has acabado en tu vida —y de manera mucho más abundante, que era en verdad el punto.

Larsson luchó contra las ataduras, lanzó improperios en inglés y en sueco, hasta que la estimulación fue demasiada como para ignorarla. Dejó caer la cabeza sobre la almohada con un suspiro y algunas palabrotas que murmuraba en sueco; puso los ojos en blanco.

Elle se masturbaba mientras Larsson se excitaba y volvía la cabeza para mirarla con fascinación evidente. Su respiración se iba acelerando. Las caderas se tensaban al ritmo de la fricción en la próstata. Los testículos comenzaron a hincharse. La piel de su escroto se volvía tirante mientras el saco se elevaba. El pene se veía como si estuviera esculpido en mármol rosa

LA CASA DE LOS PLACERES OCULTOS

pulido: duro como una roca y brillante, con una red de delicadas venas azules. El glande se encendía en un profundo rojo violáceo. Una pre-eyaculación apareció como almíbar por la diminuta raja ensuciándole el vientre: una vista exquisita. Ahora estaba preparado, estaba lleno y a punto de estallar.

—Chúpame —dijo él con voz áspera, sacudía la cabeza en la almohada en un delirio sensual.

—Lo siento, no —dijo ella tan serena como pudo debido a su propia excitación candente—. Pero te follaré si me lo pides con amabilidad.

—*¡Nej då!* No te atrevas.

—Pero íbamos a acabar al mismo tiempo, ¿recuerdas?

—*¡Chúpamela!* —gritó él con la voz cortante y temblorosa—. Hazlo. ¡Solo hazlo, maldita perra!

—Viktor, confía en mí... la única manera en la que permitiré que acabes es si te follo, pero primero, tienes que pedírmelo.

—*¡Sug min kuk!* —gritó él, tensando las cuerdas, con el rostro colorado y mirada de loco—. ¡Chúpalo!

Elle dijo tranquila:

—Sé que necesitas acabar, *chéri*. Solo pídemelo y te...

—*¡Din satkåring!* *¡Sur fjas!* —rugió él, la cama temblaba y crujía mientras él se agitaba—: ¡Perra! ¡Putá!

Retiró el dedo del cuerpo de él. Se echó hacia atrás en la cama y dijo:

—*Podría* simplemente dejarte aquí, atado e indefenso con esos pobres testículos tuyos poniéndose más azules por...

—*¡Nä*, no! ¡No! *¡Varsågod!* ¡Por favor! —tiraba y temblaba, las venas sobresalían en cada músculo de su cuerpo. Era una bestia atada que se esforzaba por liberarse.

—¿Por favor qué? —preguntó desde el pie de la cama, aún masturbándose—. ¿Por favor que te folle?

—*Vad som helst* —gimió él—. Está bien. Está bien, maldita sea, pero hazlo. Hazlo.

—¿Hacer qué? —preguntó mientras tiraba de un pezón sin atender.

LOUISA BURTON

Él soltó un gruñido de frustración que degeneró en un pequeño sollozo ronco:

—*Jösses*, fóllame.

—No has dicho «por favor».

—*Por favor!* —gritó—. ¡Por favor, maldita cabrona, quieres simplemente follarme, por favor!

—¿Ahora estás seguro? —preguntó ella mientras se arrastraba sobre él.

—*Slyna! ¡Hora!* —gruñó mientras lidiaba contra las ataduras—. *¡Hazlo! ¡Fóllame! Solo folla...* —un gemido tembloroso salió de él cuando ella agarró su pene, que estaba casi demasiado duro como para inclinarse, y metió la cabeza dentro de ella. Con un gruñido por el esfuerzo, Larsson movió las caderas, la colmaba; ella gemía con placer angustioso. Él corcoveaba debajo, brillaba por el sudor y gemía. No le llevó mucho tiempo, por supuesto. Con bastante rapidez se calmó y vibró, con un chirrido grave, casi como el estertor de la muerte, que se elevaba en su pecho.

Elle se movía con firmeza contra él, excitando su propio clímax. Larsson rugía. El pene se sacudió al lanzar un chorro de semen caliente. Seguía y seguía, explosión tras explosión golpeando la entrada de su útero. Él gritaba con cada espasmo. Su cuerpo entero se flexionaba como un arco. Se prolongó durante tanto tiempo que estaba ronco y tembloroso para cuando las últimas vibraciones corrieron en él.

Larsson quedó débil, con los ojos entornados mientras aspiraba bocanadas de aire. Las manos de Elle temblaban mientras quitaba la almohada que estaba debajo de él y buscaba con torpeza los nudos de las cuerdas alrededor de sus muñecas y tobillos. Él pareció no darse cuenta cuando por fin lo liberó; ella tuvo que hacer a un lado su brazo y su pierna izquierda para dejarse caer a su lado.

—*Ofattbar* —murmuró él—. Maldito *satans helvete*. Eso fue... *häftigt*. Asombroso. ¿Cuál era tu nombre?

Alargó la mano para acariciar su frente húmeda y ella susurró:

LA CASA DE LOS PLACERES OCULTOS

—Échate una pequeña siesta, *chéri*. Solo por unos minutos.

Él cerró los ojos y se relajó con la boca apenas abierta. Respiraba profundamente y de manera uniforme.

Elle se apartó el cabello del rostro, cerró los ojos y susurró las palabras que la transformarían nuevamente en Elic. El «boleto de regreso», así era como pensaba en eso. De mujer a hombre... de súcubo a ícubo.

El viaje de vuelta era muy parecido al de ida: las náuseas, el dolor... Aunque esta vez, los huesos se expandían, los músculos se solidificaban y la piel se estiraba. La amplitud de su caja torácica siempre la hacía sentir deseos de vomitar, aunque la sensación nunca duraba más de unos pocos segundos.

La incomodidad era total pero desapareció cuando sintió una estrechez incisiva en la mano derecha.

—¡Merde! —el anillo de diamantes, del que se había olvidado, se le clavaba en el dedo mientras crecía. Se sentó y tiró del estrecho anillo. Refunfuñaba por el dolor mientras luchaba para quitárselo antes de que el dedo terminara de agrandarse. No era fácil; aunque el dedo estaba cubierto de lubricante, así también estaba la mano que intentaba quitarlo. Envolvió los dientes en el anillo, respiró hondo y dio un tirón. Cayó en su boca, gracias a Dios. Sintió el sabor del oro y la sangre; el dedo estaba escoriado hasta el nudillo medio, pero al menos ella —o más bien Elic— no tendría que acabar cortando el anillo de compromiso de Heather. Las preguntas hubieran sido peligrosas.

Escupió el anillo al suelo y volvió a bajar. Profería palabrotas mientras la transformación seguía su curso. El tejido de su pecho retrocedía en pectorales; sentía como si sus genitales se pusieran del revés. Justo cuando sintió el pene y el escroto caer pesados entre las piernas volvió a sentirse como Elic. Se pasó las manos por el rostro, el pecho y los brazos, más tranquilo por la firmeza de su carne y los contornos imperturbablemente masculinos. Así como le resultaba diverti-

LOUISA BURTON

do ser Elle de vez en cuando, siempre era reconfortante volver a casa en el cuerpo con el que había nacido.

Durante el Cambio, el semen de Larsson se había empapado de una esencia incorpórea única en Elic. Era un elixir precioso —este *zeru*, como lo llamaba Lili—, una mezcla de material genético humano extraordinario con ciertas cualidades etéreas de la raza *dusii*. La presión de éste, la lujuria que provocaba, hacía que el miembro de Elic se volviera duro y se elevara justo en previsión de su próxima parada: la terma.

Sentía un vacío chirriante en el estómago: siempre quedaba famélico después de extraer simiente. Elic se sentó y cogió una de las barras de proteína de Larsson, una novedad que nunca había probado hasta entonces. Volvió a apoyarse en la cabecera de la cama para desenvolverla y sonrió al descubrir que estaba bañada en chocolate, una debilidad que se le había pegado de Lili. Mordió un trozo y lo masticó, solo para sentir arcadas por la repugnancia ante la asquerosidad chocante que le ensanchaba los orificios nasales. Escupió la pasta granulada en la mano, entornó los ojos hacia el envoltorio en la penumbra: «Una combinación espléndida de dulce de chocolate y crocantes de soja garantizada para deleitar sus papilas gustativas».

Malditos humanos mentirosos.

Arrojó la barra —la parte masticada y la intacta— a la papelera. Larsson se despertó por el ruido. Pestañeaba mientras echaba un vistazo.

—¿Heather?

—No exactamente.

El enorme sueco se concentró en Elic. Su perplejidad evidente cedió ante el reconocimiento cuando notó el cabello.

—Ah, tú —dijo pensando claramente que observaba a la mujer con la que se acababa de acostar, solo para mirar con estupefacción cuando Elic se dio vuelta para quedar de frente por completo y darse cuenta de que había un hombre en su cama—. ¡*Jösses!* —exclamó y se incorporó—. *Vem... ¿Quién demonios...? ¿Elic?*

LA CASA DE LOS PLACERES OCULTOS

—Déjame preguntarte, ¿en verdad te *gustan* estas cosas? —preguntó Elic e hizo un gesto con la cabeza hacia las barras de proteínas—, ¿o solo las comes para...?

—¿Qué demonios...? —dijo Larsson y se tiró hacia el borde de la cama—. ¿Qué demonios haces aquí?

Elic se permitió una sonrisita misteriosa.

—¿No lo recuerdas?

Larsson miró fijamente a Elic. Los ojos le brillaban como monedas de plata al pensar en lo que acababa de hacer con la mujer que tenía una semejanza asombrosa con el hombre que ahora holgazaneaba en su cama: un hombre en pelotas y medio erecto. Se miró a sí mismo, el brillo aceitoso de su pene y sus testículos, la pequeña botella plástica de lubricante con efecto calor; también lo sentía en su ano.

—*Nej* —dijo él mientras sacudía la cabeza con repugnancia y descreimiento mientras las posibilidades se materializaban.

—Lamento haberte despertado —dijo Elic—. Dormías como un verdadero tronco. No me sorprende, dado que...

—¡Lárgate! —gritó Larsson—. ¡Lárgate de aquí!

—Eh, ¿qué se te metió en...?

—¡*Lárgate!* —cruzó la cama con un giro salvaje que Elic esquivó con facilidad.

Elic retrocedió y lanzó un puñetazo veloz a la cabeza de Larsson, arrojándolo inconsciente sobre la cama. Con una mueca, se observó el dedo lastimado que ahora latía a causa del golpe. ¿Qué pensaría Larsson, se preguntaba, al recobrar el conocimiento? ¿Lo racionalizaría en su mente? ¿Se convencería a sí mismo de que lo había soñado todo, o tal vez había alucinado? Los huéspedes del *château* tendían a experimentar toda clase de fenómenos inexplicables.

Estaba el lubricante. Era posible que decidiera que se había masturbado mientras follaba en sueños o lo que fuera.

Elic se levantó de la cama, se puso los vaqueros y la camiseta negra. Más temprano ese mismo día, Larsson se había

LOUISA BURTON

burlado de Elic por su camiseta, porque llevaba el logotipo de Adidas —acababa de firmar un contrato de promoción con Nike— y porque se había desteñido con el lavado.

—Mira la camiseta de Elic, qué gastada y raída está —le había dicho a Lili con una pequeña sacudida de cabeza—. Ni los recogepletas usan camisetas como esa.

Elic se quitó la camiseta con rapidez y la arrojó al suelo para que Larsson la encontrara por la mañana.

Ella aún observa.

Elic lo olía en el aire nocturno mientras cruzaba desde el *château* hasta la terma, esa fusión embriagadora de jazmines y feromonas que le decía que Ilutu-Lili aún estaba en algún lugar al borde del bosque, sin perderlo de vista... y también escuchándolo. Habría oído a Larsson rogarle a Elle que lo follara, y lo habría oído rugir de alivio cuando por fin lo hizo. Estaría desilusionada de su *gabru* poderoso, y tal vez, un poco ofendida con Elic por hacer pasar a Larsson por todo eso cuando pudo habérselo extraído con mucho menos dramatismo. No estaría enfadada con él mucho tiempo, aunque nunca lo hacía; ni él con ella.

«Lili... mi amada, *mins ástgurdís*. Ojalá fueras tú por quien fuera ahora», pensaba Elic mientras se acercaba al baño. «Ojalá pudiera poseerte como poseo a todos los demás que no me importan nada. Ojalá pudiera acostarme contigo y amarte y hacerte realmente mía».

El pene de Elic estiraba la bragueta de los vaqueros mientras estaba de pie en la entrada arqueada del edificio similar a un templo y observaba a Heather darse un remojón de medianoche. Se encontraba reclinada sobre los escalones en una esquina lejana de la piscina, con la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados y el bañador rojo en un pequeño charco sobre el suelo de mármol, detrás de ella.

Él entró al baño y rodeó la piscina. No le importaba hacer ruido. El otro hechizo que había echado sobre Heather esa

LA CASA DE LOS PLACERES OCULTOS

tarde, cuando había puesto en su mente tomar ese baño de madrugada, le aseguraba que no podría oír ningún sonido producido por humanos o *follets* desde el momento en que ella se sumergiera en la piscina. De esta manera los gemidos, las súplicas y los gritos de lujuria de Larsson que —Elic estaba seguro de eso— todo la Grotte Cachée había oído, no serían audibles para su prometida.

La luz de la luna entraba a través del tragaluz, infundiendo el cuerpo brillante y húmedo de Heather con un resplandor plateado. Su cabello, incluso mojado como estaba, semejaba hilos de oro. Los pezones parecían pequeñas monedas de cobre en equilibrio justo sobre sus pechos pequeños.

Arkhutus: así era como Lili llamaba a los huéspedes femeninos en los que Elic, el íncubo encarnado, elegía plantar la semilla que le costaba tanto cosechar. El hecho de que Heather estuviera comprometida con Larsson era solo una casualidad. La *arkhutu* no necesitaba estar involucrada con el *gabru* que produciría la semilla, ni siquiera conocerlo. Todo lo que necesitaban en común era un excelente potencial genético, como los que se demostraban por factores tales como la vitalidad física, dotes e intelecto. Archer se refería a ellas, en ese modo árido y británico suyo, como «reserva de crías perfectas».

De pie al borde de la piscina, cerca de Heather, Elic se dio cuenta de que no estaba dormida, como había creído. Su mano derecha sumergida, apoyada en el regazo, se movía con un ritmo lento y sensual. Elic se quitó los vaqueros y bajó a la piscina con cautela, para no delatar su presencia por mover el agua. La lujuria temblaba en sus piernas, se instalaba caliente e insistente en su entrepierna; el agua contenía una carga sensual que perduraba desde la tarde, incluso antes de que Heather se metiera en ella, y encendía de esa manera su propio calor sexual.

Tuvo una erección completa en cuestión de segundos. La acumulación de *zeru* solo alimentaba su lujuria. De pie en el agua a casi dos metros de Heather, Elic se acariciaba a sí mismo

LOUISA BURTON

al mismo ritmo que las propias caricias de ella, de manera muy suave, solo con la punta de los dedos hacia arriba y abajo de su miembro mientras apretaba los dientes para controlarse. No haría que se desparramara en su mano, despilfarrando así todo su preciosa simiente. Al contrario, había aprendido que convenía estar tan cargado como fuera posible. Cuanto más grande era la descarga de semen, más probabilidades había de dejar embarazada a la *arkhutu*. La posición en la que la tomara también era importante. La concepción era más probable que se produjera si ella estaba sobre su espalda, aunque siempre las hacía ponerse de costado, o a cuatro patas. Y además, era esencial que las engatusara para que tuvieran el orgasmo más intenso que fuera posible, cuyas contracciones obligarían al cuello del útero a estar en contacto con la eyaculación.

Si Lili estuviera ahora con él, podría exprimir la simiente de Elic, como él había exprimido el de Larsson, mientras bombeaba hacia afuera con caricias acompasadas dentro de esa *arkhutu*, haciendo que dure, para lograr que el placer aumentara y aumentara hasta volverse loco. Lili a veces hacía eso por él, entre besos suaves y susurros íntimos, a menudo con una pequeña vara de acero curvada que se había hecho forjar para ese propósito por el espadero real de Luis XVI.

Esa noche, sin embargo, Lili era solo una observadora distante, por no decir bastante desinteresada.

Elic cogió la cabeza de su pene para quitar algunas gotas densas de la pre-eyaculación, las cuales frotó por el instrumento dolorido para facilitar la penetración. *Ahora.*

Cruzó hasta Heather de dos zancadas; para cuando ella abrió los ojos, él ya estaba encima de ella. Inspiró para gritar. Él le puso una mano sobre la boca y dejó que volviera a oír.

—Soy yo... Elic —dijo él, pero ella ya estaba pateando y luchando. Le dio un puñetazo en la nariz, descargando un rayo de dolor que dejó a Elic profiriendo blasfemias con la voz áspera aún cuando pensaba: «Buena chica».

Intentó sujetarla en un rincón de la piscina, pero ella golpeaba y luchaba como una salvaje. Era sorprendentemente fuerte. Le mordió la mano para que se la quitara de la boca, pero mientras llenaba sus pulmones, él colocó una mano en su frente y dijo:

—*Láta... Ligia...* Ssh, Heather. Tranquila. Tranquila.

Ella se calló; respiraba deprisa mientras lo miraba fijamente. Él sintió que la tensión se calmaba en sus músculos mientras su mente y su cuerpo se rendían ante su deseo, su necesidad dolorida —siempre un movimiento excitante, cargado de la promesa de exquisitos placeres venideros—. Los ojos brillaban con misterio mientras le sostenía la mirada; sus piernas se abrieron. Elic se arrodilló en el suelo de la piscina y deslizó su pene arriba y abajo de la hendidura de su sexo, sintiendo el calor y la humedad de la excitación de ella debajo del agua.

Cerró las manos alrededor de los pechos de ella y susurró contra sus labios:

—Estás a punto de vivir el sueño más extraordinario...